

Los “males necesarios”

The “Necessary Evils”

Héctor Castillo Berthier*
Elihu Ramírez Martínez**

Recibido: 23 de mayo de 2024
Aceptado: 27 de septiembre de 2024

RESUMEN

Las fallas, desperfectos, omisiones y carencias por parte de la autoridad en el Pedregal de Santo Domingo, Coyoacán, Ciudad de México, son percibidos desde la perspectiva comunitaria como “males necesarios”. Este concepto emerge de los vacíos institucionales que, en muchos casos, son subsanados por la propia comunidad. Problemas como la acumulación de basura, el deterioro de la pavimentación o la gestión del tránsito generan dinámicas informales que, a menudo, son legitimadas por los vecinos. A través de estas prácticas, la comunidad ejerce poder a nivel local, obtiene reconocimiento y, en ocasiones, reemplaza funciones institucionales. Esta lógica fue analizada en la comunidad mediante la Cartografía Social Participativa, la cual permite identificar fallas e irregularidades, así como las estrategias temporales empleadas para solventarlas.

Palabras clave: comunidad; ilegalidad; gobierno; legitimidad; cartografía.

ABSTRACT

Shortcomings, malfunctions, omissions, and deficiencies on the part of authorities in the Pedregal de Santo Domingo neighborhood, Coyoacán, Mexico City, are perceived by the community as “necessary irregularities.” This concept emerges from institutional voids that, in many cases, are addressed by the community itself. Issues such as garbage accumulation, pavement deterioration, or traffic management generate informal dynamics that residents often legitimize. Through these practices, the community wields power at the local level, gains recognition, and occasionally replaces institutional functions. This logic was analyzed in the community through Participatory Social Cartography, a method that identifies shortcomings and irregularities, as well as the temporary strategies employed to address them.

Keywords: community; illegality; government; legitimacy; cartography.

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México. Correo electrónico: <berthier@unam.mx>.

** Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. Correo electrónico <elihu_daniel73@hotmail.com>.

Introducción

A finales del siglo XX, dos características clave del proceso de urbanización en México fueron el crecimiento poblacional y los cambios en su distribución. En este último aspecto, la migración del campo a la ciudad desempeñó un papel fundamental. El país pasó de 13.6 millones de habitantes a principios del siglo a 49.1 millones en 1970 (Garza y Unikel, 1976: 24). Un fenómeno similar ocurrió en la Ciudad de México, cuya población creció de poco más de 500 mil habitantes a 6.9 millones en el mismo periodo (INEGI, 2020).

El crecimiento industrial y económico atrajo a un gran número de campesinos a las ciudades, convirtiéndolas en espacios de asentamiento. Así, migrantes provenientes de Guerrero, Oaxaca, Michoacán, Guanajuato e Hidalgo llegaron a un territorio inhóspito, caracterizado por su suelo volcánico del Xitle, con la esperanza de construir una vivienda para sus familias.

En septiembre de 1971 se fundó el barrio Pedregal de Santo Domingo (PSD en adelante), en Coyoacán, Ciudad de México. En su momento, fue considerada la invasión más grande de América Latina. Sus primeros pobladores enfrentaron la falta de servicios básicos como agua, luz y drenaje, así como la ausencia de títulos de propiedad que les otorgaran seguridad jurídica. Ante esta situación, tuvieron que organizarse para participar en la toma de decisiones, autogestionar la infraestructura necesaria y hacer que sus demandas fueran escuchadas por las autoridades. Los relatos recopilados por Fernando Díaz Enciso (2002) reflejan la lucha de estos habitantes por construir un mejor lugar para sus familias.

Desde entonces, el barrio ha experimentado transformaciones significativas. Sin embargo, un recorrido por sus calles aún revela problemáticas persistentes, como indigencia, viviendas en mal estado, vandalismo, comercio ambulante descontrolado, invasión del espacio público y desorden vial, entre otras, todas ellas reconocidas por sus habitantes.

El PSD encapsula en su territorio una muestra de los problemas económicos, sociales y políticos del país:

Las condiciones en las que se conformó el Pedregal de Santo Domingo, hacen que la colonia cuente con fenómenos y características particulares, en donde el tema de participación social y política se vuelve fundamental. Sus habitantes hoy en día, siguen participando de manera activa ya que enfrentan aún imposiciones del gobierno, las cuales no toman en cuenta las necesidades y opiniones de los colonos, quienes finalmente son los que habitan el lugar. (Correa y Noguerón, 2017: 88)

Tal y como lo menciona Correa, los habitantes y trabajadores de PSD, desarrollan estrategias, dinámicas y soluciones colectivas para garantizar condiciones mínimas de habitabilidad a nivel individual, familiar y vecinal, fundamentadas en la cooperación mutua.

Sin duda, las dificultades y conflictos actuales del barrio están estrechamente ligados a su historia. Según algunos especialistas, sus primeros habitantes se establecieron en el año

400 d.C., “cuando la erupción del volcán Xitle obligó a los habitantes de la cultura Olmeca a asentarse en la zona” (López, 2021). Sin embargo, a lo largo de los siglos, estas tierras fueron utilizadas principalmente para la agricultura y la ganadería, funcionando como ejidos y propiedades comunales.

Según se cuenta, en 1902, el presidente Porfirio Díaz expropió los terrenos de la zona, pero su reparto concluyó hasta 1948, cuando se entregaron 261 hectáreas a 1 048 comunitarios (Massolo, 1992: 137). En ese tiempo ocurrió otro evento que también definió el rumbo de la zona: la construcción de Ciudad Universitaria (CU), sede de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a un costado del Pedregal de Santo Domingo. En 1945, los terrenos fueron expropiados para este proyecto, y en 1952, el presidente Miguel Alemán inauguró las instalaciones, iniciando la reubicación de las escuelas universitarias al año siguiente (Comité de Análisis, s.f.).

Desde entonces, la zona ha albergado dos realidades contrastantes. Por un lado, los Pedregales de Santo Domingo, en sus inicios conformados por precarias viviendas de lámina y cartón, sin acceso a servicios básicos; por otro, una universidad diseñada y construida con todos los avances tecnológicos de la época.

El desarrollo urbano acelerado, junto con la creciente demanda de vivienda digna, dio lugar a dos modelos de ciudad: uno basado en la autoconstrucción y la lucha por la estabilidad habitacional, y otro con una infraestructura orientada a satisfacer necesidades no básicas de ciertos sectores de la población, con dinámicas de vida y de intercambio de bienes y servicios sustancialmente distintas.

Como se mencionó anteriormente, los PSD se formaron a partir de una de las invasiones masivas más grandes registradas en la Ciudad de México. En una sola noche, el rumor se propagó y entre 4 y 5 mil familias —alrededor de 20 000 personas— ocuparon el terreno (Gutmann, 2000: 67). A inicios de la década de 1970, los asentamientos humanos en las periferias de las ciudades y los flujos migratorios del medio rural a la ciudad fueron una constante en la Ciudad de México. Las personas que llegaron a estos terrenos —en su mayoría, invadidos de forma ilegal— se organizaron para tomar decisiones al margen del gobierno. Su capacidad de autogestión y el trabajo comunitario en la autoconstrucción de viviendas fueron sus principales estrategias de resistencia para garantizar un lugar donde vivir.

Cabe destacar que estas invasiones fueron toleradas por el Estado y se replicaron en otras ciudades, como en la colonia Tierra y Libertad en Monterrey (1973). A quienes llegaban a ocupar estos terrenos se les denominaba “paracaidistas”, ya que arribaban con la intención de asentarse y establecer sus viviendas de manera informal. A partir de este proceso, se consolidaron diversas colonias de origen popular en la Ciudad de México.

Si consideramos la ilegalidad en el origen de estos asentamientos —en este caso los PSD— podemos comprender cómo las dinámicas de la población han estado marcadas por una

relación ambivalente con la autoridad: por un lado, viviendo al margen de ella y, por otro, desafiándola para obtener beneficios individuales y comunitarios.

El individuo marginalizado nada tiene que ofrecer al sistema de intercambio de mercado: ni propiedades, ni habilidades especiales salvo su fuerza de trabajo desvalorizada. Sus posibilidades de integración a proletario urbano son escasas. Puesto que la marginalidad aumenta más rápidamente que el mercado de trabajo industrial.

No puede depender del sistema de mercado para sus necesidades más elementales. Su supervivencia depende de su capacidad para crear un sistema de intercambio completamente diferente de las reglas del mercado: un sistema basado en sus recursos de parentesco y de amistad. (Lomnitz, 1973: 83)

Poco a poco, con la introducción de algunos servicios públicos en los PSD —siempre insuficientes y de mala calidad— experimentaron una migración masiva que amplió la ocupación del territorio. Como resultado, la organización popular se centró en la obtención del estatus de “propietarios” para exigir la dotación de infraestructura urbana. En este contexto, surgieron numerosas organizaciones populares, muchas de ellas vinculadas al Partido Revolucionario Institucional (PRI), como la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y la Confederación Nacional Campesina (CNC). Estas agrupaciones intentaron corporativizar a los nuevos residentes, ofreciendo servicios a cambio de apoyo político y consolidando redes clientelares.

Sin embargo, la población, consciente de estas estrategias, buscó alternativas para satisfacer sus demandas sin depender de las estructuras partidistas, debilitando con el tiempo el poder de los líderes políticos hasta su eventual desaparición.

A lo largo de las décadas, han surgido distintas organizaciones comunitarias en los PSD: en los años sesenta, las Comunidades Eclesiales de Base (CEB); en los setenta el Frente Popular Independiente (FPI); en la década de 1980, el Movimiento Urbano Popular (MUP); en los noventa, fundamentalmente, la Asamblea de Barrios (AB); en el dos mil, (Romero, 1998). La Unión de Colonos de Santo Domingo (UCSD), Frente Popular Independiente y estudiantes de la Unión por la Organización del Movimiento Estudiantil (UPOME). Estas últimas tres lograron desplazar a las autoridades gubernamentales que lucraban con los procesos de urbanización y lotificación. El fenómeno del clientelismo ha acompañado la historia de la urbanización popular (Quiroz, 2020), y por ende, de los PSD.

Desde la recolección de basura, la pavimentación y el suministro de agua y electricidad, hasta el acceso al transporte y la regularización de la propiedad, todos estos servicios han estado sujetos a las dinámicas tradicionales de manipulación y corrupción política. No obstante, la organización comunitaria ha sido un elemento clave en la consolidación del barrio. Como afirman sus propios habitantes, “sacaron adelante la colonia” pese a las condiciones adversas y al deterioro urbano persistente. Si bien algunas problemáticas han disminuido

con el tiempo, otras continúan vigentes, y las estrategias para abordarlas se han adaptado a los nuevos desafíos.

Es en este contexto donde surge el concepto de “males necesarios”, que da título a este artículo. Su propósito es evidenciar las fallas, ausencias y omisiones gubernamentales que reflejan la problemática administrativa del territorio. Desde nuestra perspectiva de investigación, estas anomalías funcionan como indicadores clave para el análisis de nuevas propuestas de acción.

Las soluciones que los “males necesarios” proponen, según los propios vecinos, consisten en invertir sus habilidades y recursos en la autogestión, es decir, hacer lo máximo posible con los mínimos recursos disponibles dentro de la comunidad, hasta que el gobierno intervenga con el presupuesto adecuado. Sin embargo, los habitantes no permiten que la falta de atención por parte de las autoridades afecte su vida cotidiana. Al mismo tiempo, otro de los objetivos implícitos en la aceptación de estos “males necesarios” es la generación de beneficios económicos. A través de estrategias de apoyo mutuo y redes de confianza, la comunidad busca obtener algún tipo de ganancia, por mínima que sea, que les ayude a satisfacer sus necesidades básicas.

En el ciclo histórico de las colonias populares, como los PSD, la aparición de problemas y las soluciones impulsadas desde la propia comunidad han tejido relaciones vecinales, legitimado prácticas informales y suplido deficiencias estructurales.

Este trabajo surge de la interacción y participación de los vecinos de los PSD para la elaboración de una Cartografía Social Participativa (CSP) una herramienta de análisis espacial que permitió identificar fallas, ausencias y omisiones gubernamentales. A través de este ejercicio, la comunidad reconoció a ciertos actores informales que, en la práctica, suplen a la autoridad mediante actividades no oficiales pero socialmente legitimadas. Estas personas, que viven o trabajan en los PSD han adquirido reconocimiento local y, en muchos casos, han encontrado en estas actividades una fuente de subsistencia.

A continuación, se explicará la metodología de la CSP, el proceso de recolección de información y las conclusiones obtenidas por los propios participantes. Este análisis permitirá aproximarnos a una definición más precisa de la informalidad y del concepto de “males necesarios” en este contexto.

¿Cómo se obtuvo la información?

La información se obtuvo a partir de grupos de trabajo organizados con habitantes de PSD, por medio de la elaboración de CSP, las cuales consisten en identificar puntos de interés, ubicación de líderes comunitarios, problemas en las fallas e irregularidades en cuanto a servicios y equipamiento urbano se refiere y el entramado de calles y avenidas al interior de la colonia.

La elaboración de las CSP está compuesta por tres etapas, en las cuales se requiere la participación activa de los habitantes del lugar.

Etapas de trabajo

La primera etapa consistió en una exploración detallada de la colonia, recorriendo calle por calle para identificar y registrar diversas problemáticas. Se señalaron fallas e irregularidades en los servicios urbanos, así como espacios simbólicos que representaban seguridad o, por el contrario, constituyan un riesgo para los habitantes y transeúntes. Para sistematizar esta información, se establecieron distintas dimensiones analíticas, como los espacios recreativos, comerciales, educativos y deportivos. Se describió la dinámica de cada lugar, se documentaron las actividades realizadas en diferentes horarios y se recabaron testimonios de las personas que ocupaban o transitaban estos espacios.

El registro de esta primera fase incluyó la ubicación geográfica de los puntos identificados, una descripción detallada basada en la observación y un registro fotográfico.

Para trabajar la segunda etapa de la elaboración de las CSP, los recorridos iniciales permitieron identificar posibles espacios funcionales para la realización de talleres comunitarios. Estos talleres no solo buscaban incentivar la participación vecinal, sino también generar un entorno de confianza y seguridad. Durante los diálogos con la comunidad, algunos participantes expresaron su preferencia por abordar ciertos temas de manera anónima y en espacios individuales, evitando exponer públicamente sus preocupaciones en dinámicas grupales.

Para la obtención de información por parte de los vecinos de los PSD y de algunas personas que transitan por la colonia se realizaron dos mesas de trabajo. En primer lugar, se presentó un contexto general sobre las condiciones demográficas de la colonia. Posteriormente, se alentó a los participantes a compartir sus experiencias de vida en el barrio, tanto a nivel individual como colectivo. A través de esta dinámica, se identificaron problemáticas relacionadas con los servicios urbanos, conflictos entre residentes y la percepción de seguridad en distintos puntos de la colonia. También se señalaron áreas con potencial para convertirse en espacios de protección y fortalecimiento comunitario.

Además, esta herramienta permitió documentar la transformación del espacio a lo largo del tiempo, el crecimiento poblacional y los cambios en las dinámicas sociales. Se analizaron las formas en que los habitantes han respondido y adaptado a estas transformaciones, evidenciando tanto las mejoras como los desafíos persistentes en la colonia.

Tras realizar una primera lectura del espacio, con los recorridos en diferentes horarios y observando las diferentes actividades, se realizó la convocatoria a los vecinos y vecinas para participar en la elaboración de la CSP. Durante las invitaciones, se establecieron tres ejes de análisis para la cartografía: 1) los cambios en los PSD a través del tiempo, 2) las problemáticas generales del barrio y 3) la identificación de espacios susceptibles de ser rescatados. Estos temas incentivaron la participación de la comunidad, promoviendo la expresión de

ideas, el intercambio de experiencias y la representación gráfica de sus perspectivas en los mapas elaborados.

Entre las principales problemáticas señaladas por los vecinos destacaron la violencia tanto en los hogares como en las calles, la falta de empleo, las deficiencias en la pavimentación y el alumbrado público, así como el alto costo de las rentas. Asimismo, se enfatizó la relación entre la violencia callejera y la presencia de puntos de venta y consumo de drogas. En este sentido, datos del Portal de Datos Abiertos de la Ciudad de México revelan que, un año antes de la pandemia, la colonia ocupó el primer lugar en incidencia delictiva dentro de la Alcaldía Coyoacán, con un total de 123 delitos registrados: 28 robos a transeúnte, 47 robos de vehículo, 25 robos a negocio, 8 lesiones intencionales por arma de fuego, 8 homicidios dolosos y 2 violaciones (Peralta, 2019).

La CSP permitió a los colonos tomar conciencia de las problemáticas existentes en su entorno, reflexionar sobre las estrategias de acción de los habitantes y comprender cómo, ante la inoperancia de las autoridades, la comunidad desarrolla mecanismos alternativos para resolver sus necesidades. Si bien estas estrategias pueden ofrecer soluciones inmediatas, a largo plazo generan implicaciones negativas, tanto por la ausencia de intervención estatal como por la normalización de prácticas informales e incluso ilícitas en la vida cotidiana de los PSD.

En este caso, la CSP de los PSD se centró en la representación gráfica de información específica mediante datos cuantitativos (sociodemográficos de la colonia) y cualitativos (estudios previos sobre la zona). Este análisis permitió no solo comprender la dinámica interna del barrio, sino también brindar a los propios habitantes un mayor conocimiento sobre su contexto político, económico, social y geográfico, ya sea como residentes o como transeúntes habituales del área.

Un punto relevante dentro de los ejercicios de reflexión sobre el espacio fue la diversidad de percepciones entre los distintos participantes. Un caso particular fue el de un habitante en situación de calle, cuya visión contrastó con la de la mayoría de los vecinos. Mientras los residentes identificaban ciertos espacios como inseguros o violentos, este individuo los consideraba lugares de refugio, donde podía desenvolverse y convivir con personas en circunstancias similares.

Evidentemente, para las personas que no viven en situación de calle, los “indigentes” son uno de los síntomas de “tugurización” de los espacios públicos y uno de los elementos por los cuales se consideran sucios o peligrosos. En cambio, para quienes viven en la calle, estos mismos espacios representan zonas de seguridad donde pueden consumir sustancias sin ser expulsados y establecer redes de apoyo con sus pares. De manera inversa, las áreas que los vecinos identificaban como seguras eran, para este habitante, zonas de riesgo, ya que en ellas enfrentaba mayor vulnerabilidad a la violencia debido a su apariencia o hábitos de consumo.

DOSSEIER

Este contraste en las percepciones subraya la complejidad de la dinámica espacial en los PSD y la necesidad de considerar múltiples perspectivas al analizar la seguridad y la apropiación del territorio.

Asimismo, al mencionar los llamados “males necesarios”, resulta difícil definir con exactitud para quién representan un problema y para quién una necesidad. Más allá de esta dicotomía, es innegable que estos fenómenos cumplen una función dentro de la comunidad y contribuyen a la configuración de su identidad:

Pero además de ser una marca de un orden socio-espacial, la informalidad es un determinante de este orden. Tiene una dimensión operacional. Es performativa en la medida en que participa en la (re)producción o en la subversión de aquel orden. Es un instrumento, un recurso diferente movilizado por los actores múltiples del escenario urbano contemporáneo. Unos indican una acepción normativa y legal de la formalidad mientras otros evidencian un derecho alternativo a la ciudad, al margen de un orden establecido (y a menudo excluyente). (Rebotier, 2012: 250)

La CSP se construye a partir de la participación directa de la comunidad, guiada por el investigador y apoyada en fuentes de información como datos gubernamentales, registros de organizaciones sociales o investigaciones académicas previas sobre la zona.

En la tercera etapa del proceso cartográfico, se llevaron a cabo nuevos recorridos con el propósito de verificar la información proporcionada por los habitantes durante los talleres. Esta fase de verificación consistió en registrar nuevamente los puntos mencionados, con el fin de contrastar los datos y evitar la sobreinformación generada por prejuicios, rumores o noticias falsas dentro de la comunidad. Además, estos recorridos finales permitieron identificar vacíos de información surgidos en las primeras dos etapas y complementarlos con observaciones directas.

Ahora bien, las CSP permiten representar tanto elementos observables como no observables. En el caso de entornos urbanos como los PSD, los elementos observables incluyen la estructura física del espacio, como calles, espacios públicos, centros educativos y deportivos, mercados y viviendas. Estos pueden ser analizados y cuantificados mediante la observación. En contraste, los elementos no observables corresponden a las percepciones y significados que la comunidad otorga a distintos espacios, como la identificación de áreas seguras o inseguras, los cambios percibidos en la estructura urbana a lo largo del tiempo o los sitios con valor simbólico. Estos factores, aunque intangibles, influyen en la dinámica cotidiana de la colonia.

Se identificó que existe una línea muy delgada entre los elementos observables y no observables, tanto para los habitantes como para los investigadores, es decir, ciertas problemáticas pueden estar tan normalizadas en la vida cotidiana de la comunidad que no son percibidas como conflictos. Sin embargo, para un agente externo —como un investigador—, estos

mismos aspectos pueden representar riesgos latentes para la población. Por ello, resulta fundamental diferenciar entre la información que la comunidad proporciona y la manera en que la transmite, así como la información obtenida a partir de la observación y el análisis.

En este contexto, la noción de “males necesarios” surgió de las propias narrativas de los vecinos, quienes identificaron conflictos y vacíos de autoridad en la colonia. En muchos casos, estos vacíos han sido aprovechados para generar ingresos informales y satisfacer necesidades inmediatas, evidenciando así la manera en que la ausencia del Estado puede dar lugar a dinámicas de resiliencia y adaptación comunitaria.

La importancia de la CSP de los PSD radica en su capacidad para fomentar la participación de los habitantes y fortalecer su sentido de pertenencia mediante el conocimiento del contexto en el que viven. Además, permite recuperar la memoria colectiva de la comunidad a través de representaciones espaciales que ilustran las transformaciones del territorio. Otra ventaja de esta herramienta es su flexibilidad para actualizar la información, posibilitando análisis comparativos sobre la evolución tanto del espacio físico como de las dinámicas sociales en distintos momentos del tiempo.

En este caso, la CSP se implementó en el marco del proyecto “Habitabilidad y salubridad en la Ciudad de México en tiempos de pandemia” aplicado en los PSD. La investigación se enfocó en analizar las condiciones de habitabilidad de los residentes de la colonia durante la contingencia por Covid-19 (SARS-CoV-2). En la fotografía 1, se muestra una de las reuniones del taller de cartografía social realizadas como parte del proyecto.

Si bien los métodos de cuidado sanitario no fueron un eje central en las discusiones comunitarias, las problemáticas abordadas reflejan la continuidad de actividades económicas y sociales a pesar de la pandemia. Según los testimonios de los participantes, la suspensión de actividades productivas no era una opción viable debido a la falta de solvencia económica y material. En este sentido, las dinámicas cotidianas de la colonia se mantuvieron prácticamente inalteradas durante la emergencia sanitaria, lo que evidencia las condiciones de vulnerabilidad en las que vive gran parte de la población de los PSD.

En primer lugar, el hecho de que estas actividades generen un ingreso variable, dependiendo del flujo de personas en las calles, muestra su importancia dentro de la economía informal de la colonia. Por otro lado, la generación de residuos es un fenómeno constante, y durante el confinamiento se intensificó debido a la mayor concentración de materiales en los hogares. En este contexto, quienes se dedican a la recolección de basura debieron encontrar nuevas formas de sostener su economía.

El tránsito de personas en la colonia nunca se detuvo. Los habitantes continuaron desplazándose y los comercios tuvieron que adaptar sus formas de atención. Sin embargo, en colonias populares de la Ciudad de México, como los PSD, la urgencia de trabajar y satisfacer las necesidades básicas del hogar prevaleció sobre las medidas sanitarias recomendadas por las autoridades en ese momento.

Fotografía 1
Taller de Cartografía Social Participativa. Junio, 2022



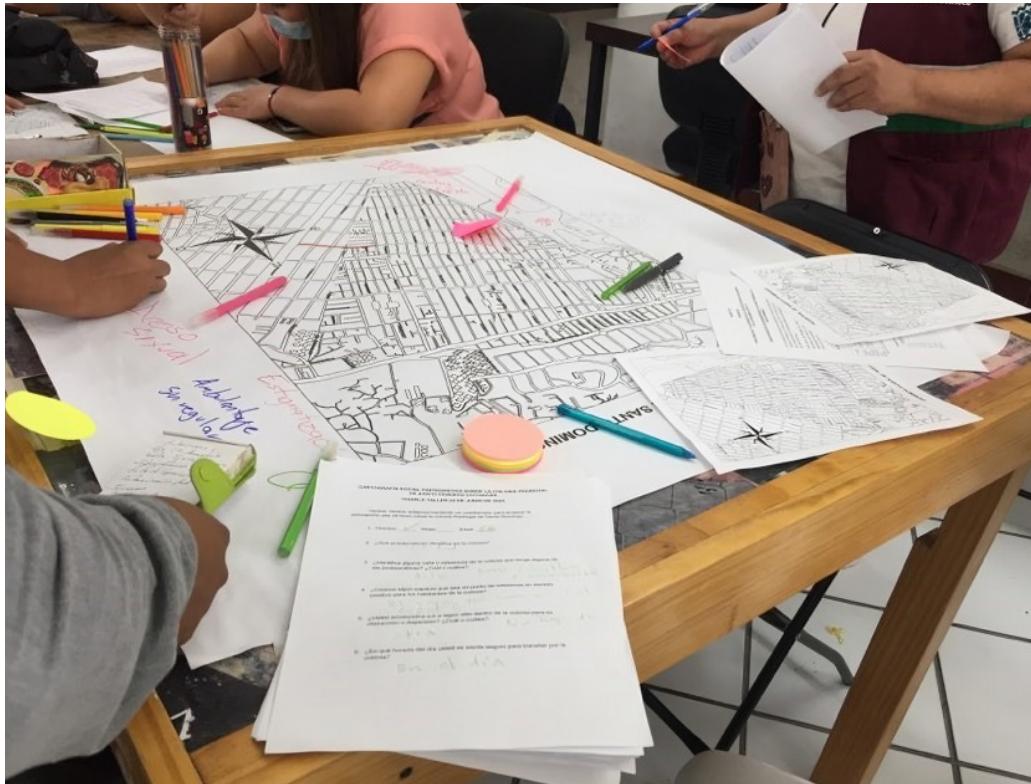
Las personas residentes de barrios populares (como los PSD) no podían permitirse el confinamiento en sus hogares sin trabajar; la necesidad de salir a buscar el sustento implicaba asumir el riesgo de contraer Covid-19, alguna otra enfermedad o incluso ser detenidos por desempeñar actividades en la informalidad. Así, surgió una dicotomía de carácter filosófico: enfrentar el hambre esperando el fin del confinamiento o asumir el riesgo de contagiarse y morir trabajando. En ambos casos, la posibilidad de adquirir la enfermedad era latente.

En este escenario, la fe y sus diversas formas de expresión cobraron un papel fundamental. Los altares callejeros, por ejemplo, se convirtieron en espacios de conciliación y encuentro comunitario ante el cierre de las iglesias como medida sanitaria.

Bajo este contexto, se recuperó la información expuesta en el presente estudio. Los participantes del taller de cartografía social compartieron sus sentimientos, experiencias y estrategias de adaptación a las nuevas formas de convivencia y cuidado. Para muchos, la pandemia representó un periodo de intensificación de su carga económica, debido al incremento en los gastos y en la demanda de servicios, lo que derivó en una transformación de sus dinámicas cotidianas (foto 2).

Fotografía 2

Taller sobre Cartografía Social Participativa en la Colonia Pedregal de Santo Domingo.
Junio, 2022



La habitabilidad de las personas en los PSD se modificó sin que esto implicara el abandono de sus actividades prepandémicas. Esta adaptación, a su vez, generó cambios en la dinámica familiar, evidenciando una vez más las estrategias de resistencia a los modelos establecidos, determinadas por la necesidad y las posibilidades materiales de la comunidad. Según datos del Portal de Datos Abiertos de la Ciudad de México (Secretaría de Salud, 2024), entre 2021 y 2022 la colonia PSD registró un promedio mensual de 927 contagios. El mes con menor incidencia fue marzo de 2021, con 436 casos, mientras que el punto más alto se alcanzó en enero del mismo año. No obstante, a pesar de la persistencia de la enfermedad y de los casos reportados, las personas continuaron con sus ocupaciones.

Los “males necesarios” permanecieron sin cambios e incluso surgieron nuevas prácticas relacionadas con el cuidado de la salud. El mercado de la prevención se expandió en el ámbito del comercio informal y en el ambulantaje con la proliferación de productos como gel

antibacterial, cubrebocas y otros insumos sanitarios. Asimismo, emergieron nuevas actividades en el transporte público, donde algunos vendedores ofrecían servicios de desinfección improvisada: limpian (o “hacen que limpian”) los tubos de los transportes públicos, o reparten gel antibacterial a los usuarios a cambio de una moneda o una “propina”.

Las necesidades de la comunidad se transforman con el tiempo, al igual que sus dinámicas. Sin embargo, la capacidad de adaptación de los habitantes de los PSD se mantiene, basada en la identificación de áreas de oportunidad y en las relaciones de apoyo mutuo entre familiares y vecinos, con el fin de suplir las carencias derivadas del deterioro institucional y la ineeficiencia gubernamental.

Sin duda, continuarán surgiendo nuevos “males necesarios” en los PSD, resultado de la inoperancia y la falta de respuesta de las autoridades de la Alcaldía Coyoacán.

Los “males necesarios”

La expresión “mal necesario” es utilizada coloquialmente para referirse a situaciones en las que una gestión o un asunto público se encuentra en malas condiciones o implica cierto riesgo, pero a la vez ofrece posibilidades de transformación para alcanzar un fin. En este contexto, el término fue empleado por una participante en los talleres de CSP realizados entre mayo y junio de 2022, en el marco del proyecto “Habitabilidad y Salubridad en la Ciudad de México en tiempos de Pandemia”. Durante su intervención, la participante señaló que muchas personas han aprovechado los problemas de la colonia para su beneficio —incluidos los partidos políticos—, pero que, de manera indirecta, estas dinámicas también han generado ciertos beneficios para la comunidad.

En este sentido, un “mal necesario” puede entenderse como un servicio cubierto por la propia población de manera inmediata, sin planificación y sin garantizar su calidad para quienes habitan o transitan en los PSD. No obstante, a pesar de estas limitaciones, logra satisfacer una necesidad urgente de la comunidad. La existencia de estos servicios improvisados también evidencia fallas y omisiones en la provisión de infraestructura, equipamiento urbano y otros servicios públicos, lo que da lugar a la generación de nuevas estrategias de habitabilidad y de economía informal entre familias, vecinos e individuos.

Las estrategias de habitabilidad y generación económica a las que nos referimos como “males necesarios” en espacios como los PSD surgen a partir de relaciones de confianza entre vecinos o entre individuos con necesidades mutuas, cuyo objetivo es solventarlas sin la intervención de una autoridad reguladora. Estas dinámicas se sustentan en la disposición de habilidades y recursos de los propios habitantes, basadas en el apoyo mutuo. O como lo menciona Lomnitz, es una relación de dar y recibir en donde solamente se da un intercambio sin sacar ventajas: “En una relación de reciprocidad existe un énfasis moral explícito en

el acto de dar, o de devolver el favor recibido, antes que de extraer el máximo beneficio inmediato de una transacción” (Lomnitz, 1973: 83).

Estas relaciones de confianza y apoyo mutuo tienen como objetivo la obtención de un beneficio, generalmente económico, sin que ello implique la explotación o el abuso de una de las partes. Se trata, en muchos casos, de generar ingresos o capital material a partir de habilidades adquiridas fuera del ámbito formal. De este modo, personas que no han tenido acceso a una formación que les permita integrarse al mercado laboral formal encuentran fuentes de ingreso en las fallas estructurales del Estado y en la ausencia de servicios públicos adecuados.

En los PSD, algunas de las principales problemáticas urbanas están relacionadas con deficiencias en el alumbrado público, la seguridad, la recolección de basura y el tránsito vehicular. Estas carencias han sido suplidas por personas que, ante la falta de empleo o en busca de ingresos adicionales, asumen funciones que corresponden a la autoridad, desempeñando actividades informales con el objetivo de obtener reconocimiento social o económico.

Si bien estas actividades pueden beneficiar directamente a un grupo reducido de personas, su impacto positivo es indirecto para un número mayor de habitantes. Así, la informalidad urbana se normaliza como parte de la vida cotidiana en los PSD y en otras zonas marginadas de las ciudades. Como señala Diane E. Davis en su estudio sobre la informalidad en contextos urbanos:

La informalidad puede generar empleo y legitimar al Estado, pese a que socava el libre mercado y las capacidades fiscales del Estado. Estas salvedades, combinadas con el hecho de que la informalidad puede implicar ciertas formas de compensación entre los actores y las funciones, sugieren que puede ser imposible —sino es que totalmente insensato— tratar de llegar a una sola conclusión. La informalidad, por definición, puede tener implicaciones tanto negativas como positivas. (Davis, 2012: 13)

Estas problemáticas contribuyen a la legitimación de actividades que, en principio, no deberían ser responsabilidad de la población. Con el tiempo, estas prácticas adquieren atributos o características específicas asignadas por la propia comunidad, ya que cumplen una función inmediata. Sin embargo, la expansión de estas dinámicas de informalidad tiene efectos negativos en el mediano y largo plazo, pues debilita la legitimidad del gobierno y su capacidad de respuesta. En este sentido, cuando la comunidad asume funciones que corresponden a la administración pública, la falta de intervención estatal se vuelve aún más evidente.

Por lo tanto, la informalidad puede ser interpretada desde distintas perspectivas: para algunos, es una solución efectiva que responde a necesidades inmediatas; para otros, es un fenómeno que no debería existir, ya que refleja el fracaso del Estado en la provisión de servicios esenciales y al respecto Rebotier (2012) dice:

Lo informal existe, pero su ‘estatuto’ (legal o no, delictivo o no, justo o no...y digamos su reconocimiento social) es múltiple. Depende de los actores involucrados, de los puntos de vista, de las posiciones sociales... Además de un concepto espacial y temporal, la informalidad tiene un contexto social. Es contingente y tiene que ser situada. (Rebotier, 2012: 250)

Por otro lado, estos “males necesarios” pueden ser vistos como un beneficio en la medida en que, al hacerlos visibles, se pueden comprender mejor sus dinámicas y consecuencias. En un intento por recuperar su autoridad sobre estas actividades, el gobierno buscó formalizar a los actores involucrados, incorporándolos a través de organizaciones populares. Sin embargo, esto derivó nuevamente en prácticas de clientelismo político. Se trató de diversas organizaciones vinculadas a distintas actividades, las cuales contaban únicamente con el respaldo de la comunidad. No obstante, al no estar incorporadas en la administración gubernamental, sus integrantes dependían exclusivamente de propinas o incentivos proporcionados por la propia comunidad. De esta manera, el gobierno, que los tenía plenamente identificados, les permitió continuar con sus actividades informales.

Mientras que desde una mirada externa estas dinámicas pueden ser identificadas como “problemáticas”, para los habitantes de los PSD representan áreas de “oportunidad”, pues les permiten atender necesidades específicas aun cuando estas actividades no estén contempladas en la normatividad oficial.

Quienes habitan o transitan diariamente por el PSD reconocen que muchas de las actividades que se realizan en las calles son informales y se desarrollan al margen del marco normativo. Sin embargo, estas prácticas responden a relaciones de vecindad y cumplen funciones esenciales para los habitantes de la zona. Más que sustituir funciones gubernamentales, estas dinámicas emergen del propio origen marginado del espacio y, con el tiempo, se consolidan como hábitos, costumbres y, en última instancia, como parte de la cultura local.

Aunque utilizan relaciones sociales tradicionales como la familia, el compadrazgo, la amistad, este sistema no es nuevamente un resabio de modalidades económicas primitivas y caducas, sino que constituye una respuesta evolutiva plenamente vital y vigente a las condiciones extremas de la vida marginada. Se construyen así, sistemas basados en la cultura y la familia. (Barabino, Bocero, Prandin, Rosenthal, 2009: 2)

Como ya lo comentamos anteriormente, desde el surgimiento de los PSD, la organización comunitaria ha funcionado de manera paralela al gobierno, con la constante búsqueda de reconocimiento y regularización del asentamiento. Muchas actividades inicialmente informales fueron posteriormente incorporadas a la legalidad, pero la adaptación de la población a nuevas formas de subsistencia generó un retorno a dinámicas informales.

Estas actividades fuera del marco normativo están directamente relacionadas con la falta de institucionalidad, es decir, emergen en respuesta a las deficiencias, ausencias u omisiones del gobierno en la provisión de servicios básicos. Son las propias personas afectadas quienes buscan soluciones alternativas para “salir adelante”. Como señala Davis: “Recurrir a la informalidad es un reflejo de las deficiencias de la ley y su legitimidad al observarse ésta desde la perspectiva de quienes están sujetos a ésta de manera oficial” (Davis, 2012: 15).

Las personas que participan en estas dinámicas viven en condiciones de exclusión social y pobreza, lo que las obliga a encontrar medios de subsistencia en medio de estos vacíos de autoridad. Sin embargo, estas actividades también pueden vincularse con redes de poder informal que operan dentro de los PSD, incluyendo grupos que gestionan actividades ilícitas en la zona. La economía informal en estos espacios se entrelaza con prácticas como el comercio ambulante, la asignación de espacios de estacionamiento en la vía pública, el manejo del tránsito en cruceros concurridos a cambio de propinas, la venta de productos en el transporte público, la limpieza de calles o el retiro de basura domiciliaria. En algunos casos, estas actividades se vinculan con la venta de alcohol en la vía pública, la distribución y consumo de drogas o la apropiación del espacio público (calles y banquetas principalmente) (Castillo, 2015).¹

La relación a la que hacemos mención la ubicamos en un estrato de poder local, es decir, solamente las relaciones se dan entre los mismos vecinos o habitantes de los PSD. Aunque pueden existir redes de corrupción con las autoridades, lo que aquí nos interesa son las estrategias comunitarias de supervivencia y bienestar. Sin embargo, lo que nos atañe son las relaciones y la búsqueda de sobrevivencia y bienestar, tanto para quienes realizan estas actividades informales y para los que se ven beneficiados de estos “males”. Como señala Lomnitz: “Todas las relaciones entre miembros de una red son esencialmente relaciones de igualdad social. Generalmente las familias que componen una red tienen y carecen de los mismos tipos de recursos. Por ello, el intercambio adquiere la forma de reciprocidad. Siempre es estrictamente igualitaria” (Lomnitz, 1973: 74).

A partir de estas condiciones, los habitantes de los PSD toman la iniciativa de generar pequeños ingresos que les permitan subsistir y reproducir su trabajo de manera cotidiana. La ocupación de un espacio específico en el territorio otorga a estas personas reconocimiento social dentro de la comunidad.

Estas dinámicas pueden surgir desde relaciones vecinales, familiares o individuales. En cualquier caso, los integrantes de estos grupos buscan mantener una estabilidad económica y cubrir las necesidades mínimas que la vida urbana impone. Es común que un individuo

¹ Estudio coordinado por Héctor Castillo Berthier con la participación de Tania D. López Fuentes y Elihu Ramírez Martínez para la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, en donde se observó que existe una estrecha relación entre el consumo, distribución y venta de sustancias provenientes de los PSD hacia el campus universitario.

o familia participe en múltiples actividades informales simultáneamente, siempre que las relaciones de vecindad sean recíprocas y todos se encuentren en condiciones similares. De hecho, muchas personas combinan un empleo formal con actividades informales, ya que sus ingresos no son suficientes para cubrir sus necesidades básicas, lo que en algunos casos los lleva incluso a incursionar en actividades ilícitas.

En última instancia, estas dinámicas desembocan en los llamados “males necesarios”, es decir, formas alternativas de generación económica que implican distintas estrategias de supervivencia en un entorno urbano caracterizado por la desigualdad y la precarización.

Como lo hemos mencionado con anterioridad, los “males necesarios” engloban actividades que operan en la informalidad e incluso, en algunos casos, en la ilegalidad. Sin embargo, forman parte fundamental de la dinámica cotidiana dentro del barrio.

Se consideran “males necesarios” porque, aunque son actividades informales, permiten la inserción laboral de personas cuya mano de obra no ha sido formada dentro del ámbito institucional. De este modo, estos individuos buscan obtener un beneficio económico al satisfacer las necesidades de otros que pueden pagar por estos servicios, integrando sus habilidades al mercado de trabajo desde la informalidad.

Este fenómeno debe analizarse desde una perspectiva espacio-temporal. Aunque nos enfocamos en los PSD, sabemos que estas dinámicas se replican en diversas colonias y barrios populares de la Ciudad de México. Además, estas actividades no son estáticas; evolucionan según las dinámicas internas del barrio y las exigencias del mercado. En este contexto, la contingencia sanitaria derivada de la pandemia generó nuevas prácticas informales, ya que distintos individuos encontraron en la crisis una oportunidad para obtener ingresos adicionales, como lo documenta este estudio sobre “Habitabilidad y salubridad en la Ciudad de México en tiempos de pandemia”.

Si bien estas estrategias resuelven necesidades inmediatas a corto plazo, a mediano y largo plazo pueden generar problemáticas internas en las comunidades. En particular, contribuyen a la conformación de nuevos poderes dentro del territorio, los cuales operan paralelamente a la autoridad gubernamental. A su vez, la autoridad se convierte en cómplice de este entramado al tolerar la persistencia de estas fallas, ausencias u omisiones a cambio de beneficios obtenidos a través de prácticas corruptas. Como resultado, más personas se incorporan progresivamente a actividades informales, consolidando un sistema de economía paralela que reproduce la exclusión y la precariedad.

En este sentido, identificamos una serie de actividades informales que surgen cotidianamente en los espacios urbanos y que, a su vez, posibilitan el desarrollo de nuevas prácticas dentro del sector informal. Estas dinámicas generan un entramado de relaciones entre individuos, familias y vecinos que, en igualdad de condiciones, buscan estrategias de reproducción económica.

hemos tenido la oportunidad de probar la validez de los planteamientos de intercambio reciproco y la ayuda mutua mediante el análisis de grupos desviados, que carecen de lazos entre iguales. En esos análisis se ha observado que el aislamiento social provoca una mayor dificultad para acceder a empleos, para enfrentar emergencias, y aun, para lograr sortear los obstáculos cotidianos en la lucha diaria por sobrevivir. (Cepal, 1994: 102)

Cuando hablamos de casos específicos de “males necesarios”, nos referimos a la manera en que las fallas, desperfectos, ausencias u omisiones de las autoridades se reflejan en distintas actividades que la población lleva a cabo en sus viviendas, calles y avenidas dentro de los PSD.

A continuación, describiremos cómo se desarrollan algunas de estas actividades y cómo se convierten en fuentes de sustento o ingresos complementarios para los habitantes del lugar. Estas prácticas están interconectadas: una actividad informal o “mal necesario” puede dar lugar a otra, generando una cadena de oportunidades para distintos individuos que se insertan en la economía informal mediante redes de trabajo y apoyo mutuo.

De esta manera, algunos “males necesarios” surgen y se consolidan, mientras que otros desaparecen en función del desarrollo de la comunidad y la transformación de sus necesidades.

Comercio ambulante

En los PSD, los habitantes identifican que los puestos ambulantes y los tianguis (mercados sobre ruedas) representan un problema para la comunidad debido a la acumulación de basura, los olores y la falta de certeza sobre la calidad de los productos, especialmente en el caso de los alimentos. Sin embargo, también reconocen que estos espacios brindan oportunidades económicas a los residentes, permitiéndoles comercializar diversos productos a pesar de las condiciones de pobreza y carencias en la colonia.

Es importante diferenciar entre los vendedores ambulantes que permanecen instalados en un punto fijo, ya sea en una calle o avenida, y los tianguis, que consisten en una concentración de puestos comerciales que operan en la vía pública uno o dos días a la semana. No obstante, ambas formas de negocio forman parte del comercio ambulante.

Los entrevistados manifestaron opiniones ambivalentes sobre esta actividad. Por un lado, consideran que el comercio ambulante es problemático, ya que los puestos obstruyen las banquetas, generan acumulación de basura, bloquean los drenajes y, en algunos casos, facilitan la venta de alcohol. Por otro lado, destacan su impacto positivo en la vida cotidiana de la colonia. En particular, mencionan que los puestos ambulantes “dan vida” al barrio, sobre todo por las noches, ya que iluminan calles y avenidas, atraen a más personas y contribuyen a mejorar la percepción de seguridad entre los peatones. En este sentido, estos ambulantes también inhiben los robos o asaltos en las calles en donde se encuentran, o al menos así se expresan los habitantes y personas que transitan por la colonia, ya que prefieren recorrer

las calles con mayor afluencia de comercio ambulante que una calle que está solitaria. El mapa presenta las las ubicaciones de comercio ambulante en la colonia.

Los puestos ambulantes cumplen una función que satisface la necesidad de la sensación de seguridad en las calles de los PSD, la cual consiste en animar o incentivar a los vecinos a salir a consumir cualquier producto y generar el reconocimiento entre vecinos. En las siguientes imágenes podemos ver un ejemplo en las calles de la colonia (fotos 3 y 4).

Fotografía 3
Calle Jicote. Foto: Equipo de campo. Recorrido 25/04/22



El flujo económico generado por el comercio informal en los PSD —principalmente en las calles y avenidas más transitadas— también otorga reconocimiento externo a la comunidad. Es decir, la colonia se vuelve un punto de referencia para compradores y comerciantes, lo que incrementa la afluencia de personas y fortalece la circulación de recursos económicos en la zona.

Asimismo, dependiendo de la ubicación, la afluencia de clientes, el nivel de ganancias y los productos comercializados, el comercio ambulante genera empleo. Aunque estos empleos son informales, permiten a muchas personas satisfacer necesidades básicas sin requerir procesos formales de contratación. De hecho, la integración laboral en estos espacios suele

basarse en la confianza y la palabra, y las relaciones laborales emergen de la interacción cotidiana entre vecinos.

Fotografía 4

Av. Escuinapa. Foto: Equipo de campo. Recorrido 12/05/22



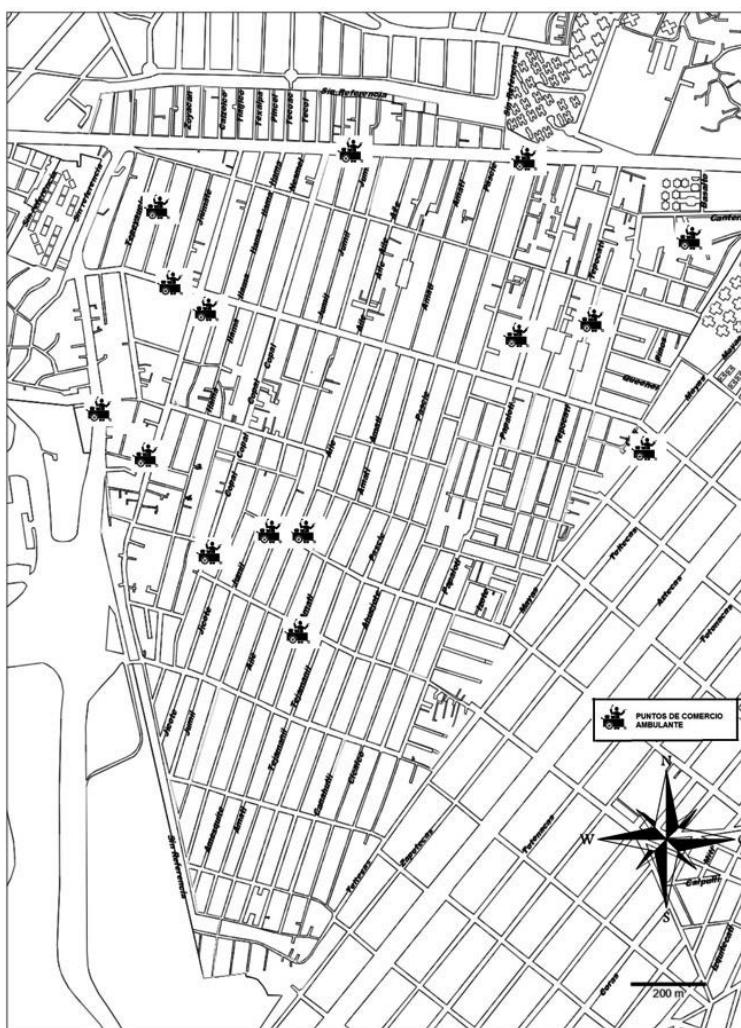
Como lo menciona Torrado (1981), los sujetos que buscan insertarse en el mercado laboral, ya sea desde los propios recursos (autosubsistencia) o a partir de su fuerza de trabajo, aunque precaria, tiene la capacidad de subsistir. Ya sean familia, vecinos o individuos que busquen una oportunidad de poder generar.

La *destrucción-preservación* de modos de producción que puede revestir la forma de una inserción simultánea del trabajador en el sector de producción de autosubsistencia y en el sector capitalista existentes en su lugar de residencia, o bien la forma de migraciones temporarias que permiten el desplazamiento pendular de los trabajadores entre sus formas de inserción productiva tradicional, el mercado del empleo. (Torrado, 1981: 217)

Ahora bien, ¿qué problemáticas conlleva el comercio ambulante que da oportunidad a que se incorporen otros males?

Los entrevistados mencionaron, entre otras cosas, la acumulación de basura, el tráfico vehicular que se genera en las calles y avenidas, los olores y posibles focos de infección. Nosotros optamos por hacer un pequeño análisis del fenómeno de la basura, ya que no solamente es la acumulación de esta por el comercio ambulante, sino que la basura proviene de hogares que aprovechan la acumulación para juntarla. En este sentido, nuestras preguntas son: ¿quién trabaja la basura?, ¿quién separa la basura?, ¿cómo se deshacen de ella?

Mapa 1
Puntos de Concentración de comercio ambulante PSD



Fuente: elaboración propia a partir del Taller de CSP, mayo-junio, 2022.

Basura

En los PSD, existen personas, especialmente aquellas en situación de calle, que sobreviven en el entorno urbano sin contar con un empleo formal. Estas personas dependen de sus propias habilidades y no están adscritas a una ocupación o actividad permanente que les garantice una remuneración suficiente para cubrir sus necesidades básicas.

Asimismo, hay individuos que combinan múltiples actividades informales a lo largo del día, trasladándose de un punto a otro con el objetivo de subsistir. Estas estrategias de movilidad laboral les permiten insertarse en diferentes dinámicas económicas dentro del espacio público.

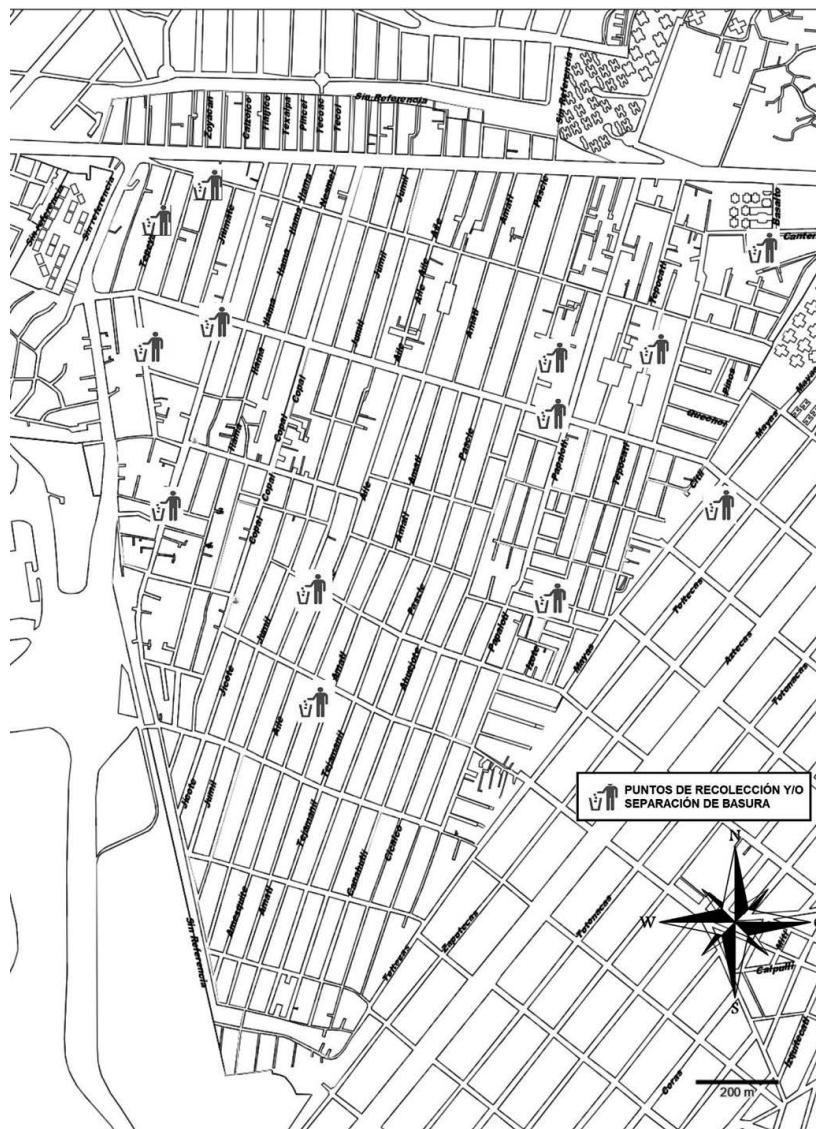
Una de las actividades cotidianas que realizan para obtener ingresos consiste en la recolección de basura de domicilios que, por diversas razones —principalmente los horarios de trabajo de sus habitantes—, no pudieron depositar sus desechos en los camiones recolectores. A cambio de este servicio, reciben una propina. La siguiente foto muestra un punto informal de depósito de desechos en la colonia.

Fotografía 5

1ra. Cerrada Cantera. Foto: Equipo de campo. Recorrido 12/05/22



Mapa 2
Puntos de recolección y/o separación de basura PSD



Fuente: elaboración propia a partir del Taller de CSP, mayo-junio, 2022.

Estas mismas personas suelen desempeñar otros trabajos relacionados con la gestión de residuos urbanos, como el montaje y desmontaje de puestos en los tianguis o la recolección de basura generada por los comerciantes ambulantes, todo ello a cambio de una retribu-

ción económica. Los horarios de trabajo para estos recolectores suelen ser nocturnos, y han identificado con precisión los domicilios que requieren su servicio de manera recurrente, así como los tianguis y puestos ambulantes donde pueden recibir una remuneración.

Esta práctica satisface dos necesidades simultáneamente: por un lado, permite a los habitantes deshacerse de sus residuos sin depender exclusivamente del servicio de recolección municipal, mientras que, por otro, proporciona a los recolectores informales una fuente de ingresos. No obstante, surge la pregunta: ¿a dónde va a parar la basura recolectada por estas personas?

En la colonia de los PSD existen diversos puntos de acumulación de basura y cascajo, los cuales han sido identificados en el siguiente mapa. Estos espacios también funcionan como centros informales de separación de desechos reciclables con valor en el mercado.

En torno a estos sitios se ha desarrollado toda una economía basada en la basura, que incluye procesos de separación, traslado, recuperación, reciclaje, compra y venta de materiales reutilizables. Esta dinámica ha dado origen a grupos familiares o vecinales dedicados exclusivamente a la gestión informal de residuos a nivel local. Tal como se explicó anteriormente, estas prácticas no solo representan estrategias de subsistencia, sino que también contribuyen a la conformación de estructuras de poder interno en los PSD, en donde el control de ciertos espacios y actividades genera nuevas formas de autoridad y regulación social dentro de la comunidad.

Baches y pavimentación

Relacionado con la basura, manejo de los residuos de construcción, comúnmente conocidos como “cascajo”, es una práctica constante en las colonias y barrios como los PSD. Estos desechos provienen de las construcciones o modificaciones realizadas en las viviendas, un fenómeno recurrente en los asentamientos populares donde la autoconstrucción es una estrategia habitual para mejorar las condiciones de habitabilidad. Dichas modificaciones responden a la necesidad de adaptar espacios reducidos para la creación de nuevas habitaciones o viviendas, ajustándose a las exigencias de las familias en crecimiento.

Las fallas e irregularidades a las que se hace referencia en este caso son los “baches” (hoyos, agujeros), resultado del desgaste del pavimento, principalmente en ciertas calles y avenidas.

Estos desperfectos suelen identificarse por medio de costales pesados, llenos de material de escombro e incluso mezclado con basura doméstica, como se observa en la foto 6. Algunos vecinos los consideran algo normalizado, ya que el manejo de estos residuos no es sencillo y el camión de la basura rara vez los recoge. Sin embargo, otras personas buscan darles un uso alternativo, en una suerte de reciclaje de cascajo.

Dado que este material es sólido y pesado, con frecuencia se emplea como relleno en construcciones, para emparejar calles o callejones e, incluso, para tapar baches o realizar resanes en la vía pública. De hecho, las condiciones de desarrollo de los PSD requirieron de

este material para llenar hoyos (fotografía 7) o cimentar viviendas, en una práctica común dentro de la autoconstrucción. Por ello, es habitual que las personas dejen en la vía pública sus residuos de construcción, esperando que alguien más les dé uso.

Fotografía 6

Av. Anacahuita. Foto: Equipo de campo. Recorrido 22/04/22



Así como sucede con otros tipos de desechos, lo que para unos es basura, para otros representa un recurso valioso.

En el caso de los baches, estos pueden generarse por la circulación de transporte pesado, las lluvias, el exceso de tráfico o el desgaste natural del pavimento. También pueden ser consecuencia de obras en la vía pública —relacionadas con telefonía, gas natural, drenaje, infraestructura urbana, entre otras— que destruyen parte del asfalto. En muchas ocasiones, debido a la falta de atención a la ciudadanía, la omisión o el desinterés tanto de la sociedad como de las autoridades, los pequeños baches crecen con el paso constante de vehículos pesados y las lluvias. Ante esta problemática, algunos habitantes de los PSD han encontrado una solución básica: detener el tránsito para advertir sobre el bache y solicitar una propina por el aviso.

Fotografía 7

Calle Amatl. Foto: Equipo de campo. Recorrido 22/04/22



Como en otras partes de la ciudad, los baches son una constante en los PSD, lo que genera la necesidad inmediata de taparlos, de una forma u otra. Ante su proliferación, muchos residentes han optado por llenarlos con escombros, lo que permite dar una “vida útil” a los residuos de construcción, mejorar la circulación vehicular y, al mismo tiempo, deshacerse del cascajo. A menudo, quienes realizan esta labor reciben una retribución de la comunidad.

Este tipo de prácticas, además de “reciclar el cascajo” —según los vecinos—, contribuyen a solucionar un problema que no solo ralentiza el tránsito vehicular, sino que también afecta las suspensiones de los automóviles.

Apropiación del espacio vehicular

Además de quienes recolectan y separan la basura en la vía pública, existe otro grupo de individuos que se apropiá del espacio vehicular a lo largo de calles y avenidas. Ya sea aparcando lugares para estacionamiento o agilizando el tránsito a cambio de una moneda en intersecciones sin semáforo pero de alta complejidad, estas personas se encargan de reorganizar el espacio conforme a su propia lógica (foto 8).

En zonas con gran actividad económica, como mercados y tianguis en horario matutino o bares y gimnasios por la noche, es común encontrar a los llamados “franeleros”. Estas personas reciben una propina —o establecen una cuota fija— de quienes buscan estacionarse en estos sitios.

Fotografía 8

Av. Acatempa. Foto: Equipo de campo. Recorrido 25/04/22



Según la comunidad, los “franeleros” cumplen una función importante: vigilan que los autos no sean robados ni despojados de sus autopartes y administran un espacio público que, bajo su control, se convierte en un estacionamiento privado. Así, cubren una necesidad inmediata de seguridad mientras imponen sus propias condiciones para el uso del espacio. Con el tiempo, algunos de estos vigilantes adquieren cierta autoridad local al erigirse como responsables del resguardo de los vehículos.

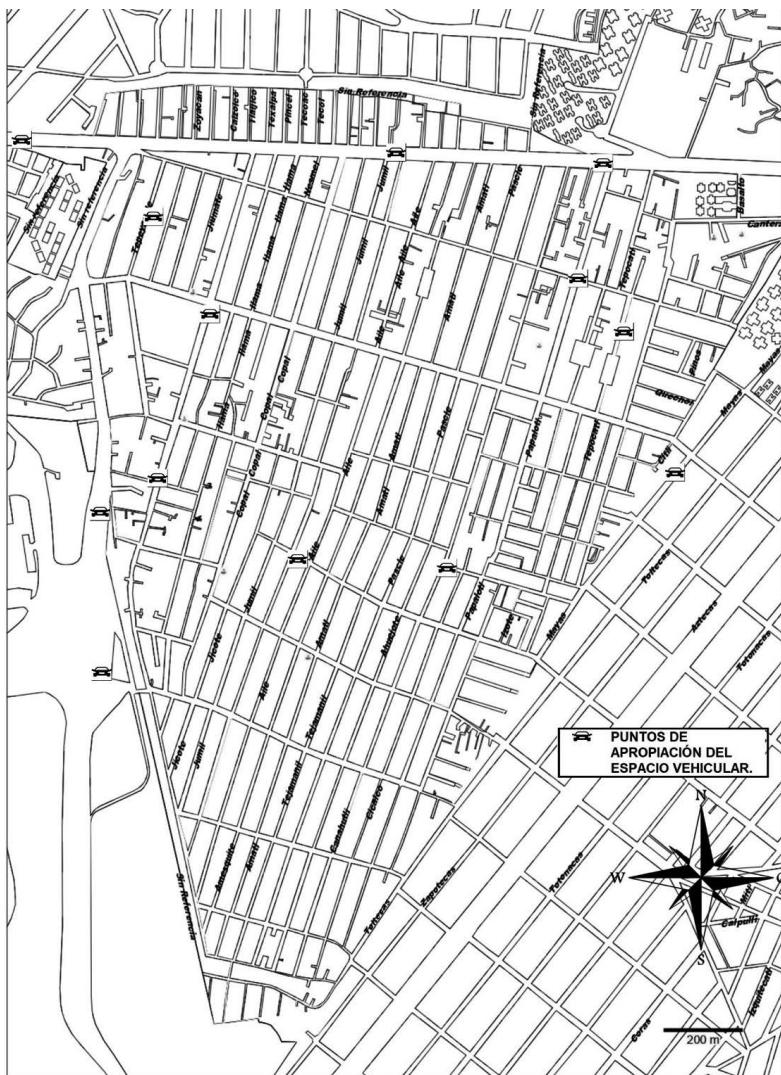
No obstante, la presencia de un “franelero” no garantiza seguridad. Más bien, genera en los usuarios una sensación de protección que, en teoría, debería ser proporcionada por las autoridades oficiales. Otro grupo de personas que se emplea de manera informal, aprovechando el vacío de autoridad, se dedica a organizar el tráfico en calles y entronques donde el tránsito se vuelve caótico.

Estos individuos interrumpen el flujo vehicular para dar paso a ciertos autos a cambio de una propina, cobrando por cada vehículo que dejan avanzar. Aunque en realidad no agilizan el tránsito, esta práctica se sostiene por la falta de regulación formal. De este modo,

logran extraer un recurso económico a través de una estrategia que, más que un servicio, funciona como una forma de coerción.

En el siguiente mapa se muestran los puntos donde ocurre esta apropiación del espacio público.

Mapa 3
Puntos de apropiación del espacio vehicular PSD



Fuente: elaboración propia a partir del Taller de CSP, mayo-junio, 2022.

A manera de conclusión

La historia de los PSD es similar a la de muchas otras zonas de la ciudad en cuanto a su desarrollo y crecimiento. A más de cincuenta años de la llegada de sus primeros habitantes, las condiciones de pobreza y marginalidad siguen presentes. Peor aún, muchas de las estrategias de sobrevivencia de la comunidad han sido adaptadas y aceptadas como “males necesarios”, no solo reproduciéndose de manera cotidiana, sino volviéndose parte del paisaje naturalizado por sus propios habitantes.

La lista de problemáticas en esta zona permite comprender diversos mecanismos de “desorden”, “corrupción” o “ausencia de gobierno” que ahí se manifiestan. Un claro ejemplo es el “Tianguis de la Bola”, ubicado en la zona de los pedregales, donde es posible encontrar prácticamente de todo: desde un lujoso vestido de quince años hasta espacios destinados a la venta ilegal de armas o drogas.

Hoy los PSD ya no representan la periferia; se encuentran dentro de la Alcaldía Coyoacán, y cada vez más surgen nuevos conjuntos habitacionales en sus alrededores. Estos nuevos habitantes probablemente se adapten a las dinámicas existentes o introduzcan nuevas prácticas. Predecir el futuro de la zona no es sencillo. Sin embargo, como hemos señalado, sus “males” seguirán siendo “necesarios”, ya que reflejan los mismos problemas que se reproducen en otras partes de la ciudad y el país. Al mismo tiempo, es posible que estos fenómenos se transformen, dando lugar a nuevas dinámicas que, lejos de desaparecer, podrían reaparecer bajo otras formas... ¿o renacer?

Sobre los autores

HÉCTOR CASTILLO BERTHIER es doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México; sus líneas de investigación son la basura, abasto mayorista de alimentos, juventud y cultura popular juvenil; entre sus publicaciones más recientes se encuentran: *La Merced. El comercio mayorista de alimentos en el Centro Histórico de la ciudad de México (1900-1960)* (2017) PUEC UNAM; “UNAM: movimientos estudiantiles en ejercicio” (2024) en Miguel Ángel Ramírez Zaragoza, *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora*. PUEDJS/INEHRM.

ELIHU RAMÍREZ MARTÍNEZ es licenciado en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México; sus líneas de investigación son informalidad urbana, juventud y violencia; entre sus publicaciones se encuentra: “Políticas públicas de los jóvenes en México (1990-2018)” (2022) en Rolando Cordera y Alicia Ziccardi, *Las políticas sociales de México. Derechos constitucionales, arquitectura institucional, 2000-2018*. Siglo xxi/ Programa Universitario de Estudios del Desarrollo, UNAM.

Referencias bibliográficas

- Barabino, Nelida Margarita; Bocero, Silvia Liliana; Prandin, Griselda Alicia y Cristina Amanda Rosenthal (2009) *Estrategias de sobrevivencia, racionalidad y reproducción social* [en línea]. Disponible en: <<http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal6/Geografiasocioeconomica/Geografiaeconomica/427.pdf>> [Consultado el 20 de noviembre de 2023].
- Castillo Berthier, Héctor (coord.) (2015) “Cartografía Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales” Documento interno del proyecto *Políticas para nosotros*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (Cepal) (1994) *Familia y futuro: Un programa regional en América Latina y el Caribe*. Cepal.
- Correa Rosales, Ximena y Lesly Yanely Noguerón Maldonado (2017) *Micrópolis. Pedregal de Santo Domingo, Ciudad de México*. Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura.
- Comité de Análisis para las Intervenciones Urbanas, Arquitectónicas y de las Ingenierías en el Campus Ciudad Universitaria (s.f.) *Creación de Ciudad Universitaria* [en línea]. Disponible en: <http://www.comitedeanalisis.unam.mx/creacion_ciudad_universitaria.html> [Consultado el 12 de septiembre de 2024].

- DOSSEIER
- Davis, Diane E. (2012) “Prólogo: Fundamentos analíticos para el estudio de la informalidad: una breve introducción” en Alba, Felipe de; Lesemann, Frédéric y Carlos Bustamante (coords.) *Informalidad urbana e incertidumbre: ¿cómo estudiar la informalización en las metrópolis?* Programa Universitario de Estudios Sobre la Ciudad, UNAM, pp. 11-37.
- Díaz Enciso, Fernando (2002) *Las mil y una historias del Pedregal de Santo Domingo*. Dirección General de Culturas Populares e Indígenas del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Garza, Gustavo y Luis Unikel (1976) *El desarrollo urbano de México. Diagnóstico e implicaciones futuras*. 2da ed. El Colegio de México.
- Gutmann, Matthew (2000) *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: ni macho ni mandílón* [pdf]. El Colegio de México. Disponible en: <<https://repositorio.colmex.mx/concern/books/p5547s070?locale=es>> [Consultado el 7 de abril de 2025].
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2020) *Dinámica de la Población* [en línea]. Disponible en: <<https://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/df/poblacion/dinamica.aspx?tema=me&e=09>> [Consultado el 12 de septiembre de 2024].
- Lomnitz, Larissa (1973) “Supervivencia en una barriada en la Ciudad de México” *Estudios Demográficos y Urbanos*, 7(01): 58-85.
- López Rosas, Abel (2021) ““Entre piedras sembramos la esperanza”: 50 años de la fundación de Pedregal de Santo Domingo” *Pie de página* [en línea]. 3 de septiembre. Disponible en: <<https://piedepagina.mx/entre-piedras-sembramos-la-esperanza-50-anos-de-la-fundacion-de-pedregal-de-santo-domingo/>> [Consultado el 10 de abril de 2022].
- Massolo, Alejandra (1992) “Memoria del Pedregal” [en línea] en *Por amor y coraje: mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*. El Colegio de México. Disponible en: <https://muse.jhu.edu/pub/320/oa_monograph/chapter/2571511> [Consultado el 12 de septiembre de 2024].
- Peralta Álvarez, Cynthia (2019) “Del Pedregal a la Del Valle: las 20 colonias más inseguras” *Chilango* [en línea]. 23 de enero. Disponible en: <<https://www.chilango.com/noticias/reportajes/colonias-mas-inseguras-de-la-cdmx/>> [Consultado el 17 de septiembre de 2024].
- Quiroz Rothe, Héctor (2020) “Avances para la historia de la urbanización popular: una mirada desde la ciudad de México” [en línea] en Llop, Carles; Cervera, Marina; Perníquel, Francisco (eds.) *IV Congreso ISUF-H: Metrópolis en recomposición: prospectivas proyectuales en el Siglo XXI: Forma urbis y territorios metropolitanos*. DUOT, UPC. Disponible en: <<https://upcommons.upc.edu/handle/2117/328820>> [Consultado el 12 de septiembre de 2024].
- Rebotier, Julien (2012) “La informalidad y su construcción: Entre indicador e instrumento, consideraciones metodologías y epistemológicas” en Alba, Felipe y Frédéric Leseman *Informalidad urbana e incertidumbre: ¿cómo estudiar la informalización en las metrópolis?* Programa Universitario de Estudios Sobre la Ciudad, UNAM, pp. 241-261.

Romero Pérez, Roberto (1998) *Las Organizaciones Vecinales y el Pronasol: El Caso del Pueblo de Santo Domingo*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tesis de maestría.

Torrado, Susana (1981) “Sobre los conceptos de ‘estrategias familiares de vida’ y ‘proceso de reproducción de la fuerza de trabajo: notas teórico-metodológicas” *Demografía y Economía*, 15(2): 204-233.

